

Vicente no se quería bañar

Ignacio Sánchez Rolón

Vicente no quería bañarse. Que no y que no. Ni aun cuando su papá, con los bigotes torcidos del coraje y sobando a cada rato la hebilla de su cinturón en señal de amenaza, lo llevó arrastrando por las calles del pueblo hasta los lavaderos junto al río.

Los calores de abril y mayo siempre son insoportables. Y en Juchitán, por más aironazo que haya, el calor es algo que sabe hacerse respetar. A mediodía, todo el pueblo se refugia en los lavaderos. Mientras las señoras tallan la ropa sobre las piedras, algunas bañan a sus hijos, otras se echan una siesta en la orilla y al cobijo de los árboles. Nunca falta el arriesgado que se ponga a nadar, alejándose del cobijo de las piedras donde la corriente se da de topes y se calma. Pero, estando todo el pueblo ahí, no hay nada que temer. Todos se bañan a esa hora, sin temor de mostrar sus vergüenzas. A final de cuentas, todos nacieron del mismo padre Dios así que no hay nada de qué tener pena.

Pero Vicente no parecía compartir el entusiasmo del resto del pueblo. Aunque siempre llegaba de la escuela con los cachetes colorados como tomates y sudando gruesas gotas de mugre, hacia una semana que no se bañaba. El maestro había ido al mercado, donde los papás de Vicente tenían su puesto, para darles la queja y la advertencia: o Vicente se bañaba o no lo dejaban entrar a la clase.

Don Segundo no podría tolerar la terquedad de su hijo. Arremangándose su sarape, que ni en tiempos de calor se quitaba, se fue corriendo a la casa, seguro de que ahí estaba su hijo. Y así fue. Vicente comía cuando su papá le arrebató el plato de frijoles . Jalándolo primero de la camisa y luego de la oreja, se lo llevó al río.

Ahí, junto a la orilla, frente a todo mundo, Don Segundo le preguntó al niño, con una voz que hizo que todos los presentes voltearan de un susto:

– Pero me puedes decir, chamaco ¿por qué no te quieres venir a bañar?

Comiéndose los mocos y aguantándose las lágrimas, Vicente respondió tan fuerte, que hasta los del pueblo vecino escucharon:

– ¡Porque mi padrino siempre que viene a bañarse al río, no sólo hace pipí, se caga dentro!

Nadie se bañó en Juchitán por una semana entera. Y a partir de ese día, Don Trinidad, padrino de Vicente, tuvo que bañarse en casa.